

PRECIO EN MADRID.

(Lo mismo en la Administracion que en as librerías.)

Por un mes... 4 reales.
Por tres id... 11 »
Por un año... 40 »

La suscripcion empieza en 1.º y 15 de cada mes.

Número suelto 4 cuartos en toda la Peninsula.

Pago al pedir la suscripcion. La correspondencia al DIRECTOR DE GIL BLAS.

Director: LUIS RIVERA.



PRECIO EN PROVINCIAS.

Por tres meses en la Admon. . . 15 reales.
Por seis id. 28 »
Por un año 50 »
EXTRANJERO.—Por tres meses. . . 30 »
ULTRAMAR.—Un año. 6 pesos.

Se publica dos veces á la semana, jueves y domingos

Administracion y Redaccion, Huertas, 82, pral.

Toda suscripcion de provincias hecha por comisionado costará dos reales más.

Dibujante: FRANCISCO ORTEGO.

Crónica.

Si es cierto que «justicia es la voluntad constante y perpétua de dar á cada uno su derecho.» yo soy, vaya si lo soy, un hombre justo en toda la extension de la palabra: la verdad es mi norma, y cuando de manifestarla trato, impórtame poco que ella pueda ofender á mis amigos, ó, vice-versa, favorecer á mis adversarios: y es de tal modo esto, que aun hablando del mismísimo Pontífice Pio, Papa nono, lo hago con la misma imparcialidad que si de un amigo estimado hablara, y en verdad que no lo soy suyo, ni mucho ménos: Dios me libre.

Esto sentado, confieso que al censurar al padre comun, porque en las terribles circunstancias presentes solo en su infalibilidad pensaba, y únicamente á conservar sus temporales prerogativas tendia; al decir de él que no tenia ni una palabra de consuelo para el huérfano desvalido, ni una limosna para la viuda desamparada, ni siquiera una bendicion para los que perdian su existencia víctimas de la ambicion insensata y de la torpe vanidad de dos reyes—amigos de Su Santidad,—me equivoqué por un exceso de impaciencia.

Ya ha mandado el Sumo Pontífice que en ocho templos de Roma se digan por espacio de tres dias oraciones por la paz. En todo está y á todos atiende nuestro amantísimo pastor.

Pero es lo que uno dice, cada cosa á su tiempo: no es posible que simultáneamente atienda un hombre—porque al fin el Papa lo es todavia—á todos los asuntos: preciso es, por consiguiente, dar tiempo al tiempo y ordenar los trabajos.

Lo más urgente era dejar arreglado, y compuesto, y ejecutoriado el negocio de la infalibilidad: necesario era tambien acudir con premura á la defensa del poder temporal, que podia verse atacado de la noche á la mañana por una horda de garibaldinos sin conciencia y sin temor de Dios, para quienes son ineficaces las excomuniones menores y aun las mayores; jimpíos!

Terminados estos y otros trabajillos terrenales de parecida índole, ha llegado el turno á las oraciones por la paz, de forma que la guerra puede darse por concluida; en cuanto á los muertos, antes son dignos de envidia que de compasion, porque Pio IX, estando ya, como dijo el otro, con las manos en la masa, no dejará las cosas á medio hacer, y en un verbo expedirá á cada uno carta de vecindad en el paraiso, que eso con cuatro latines y un par de hisopazos es cosa hecha.

Y para que todo sea misterioso é incomprensible en el bando católico, apostólico, romano, ahora se antoja al infalible decir haya paz: pues bien, cátaelo dicho, cátaelo hecho; ahora salen los católicos españoles gritando «guerra,» como hijos que son respetuosos y sumisos del representante de Dios.

Cuando el Soberano Pontífice dispone que se ore por la paz, algunos presbiteros españoles han predicado la guerra; resulta entre esto y aquello una contradiccion; basta, sin embargo, reflexionar un momento para caer en la cuenta de que esta contradiccion es solo aparente: y yo apelo al testimonio de todos los ergotistas que los intrincados y laberínticos estudios teológicos hayan producido y puedan producir en lo venidero.

El Papa es infalible definiendo ex cathedra; no se olvide esto: cuando no define ex cathedra puede equivocarse con el más ignaro monacillo; y puede suceder muy bien que cuando la cabeza visible de la Iglesia juzgue conveniente la paz, sea indispensable la guerra.

Por otra parte, esas oraciones, en las cuales no faltará la cláusula «dadnos la paz si nos conviene,» no son otra cosa que memoriales dirigidos al Supremo Hacedor: sobre estos memoriales ha de formarse expediente; será larga la tramitacion, y Dios sabe cuándo y en qué sentido vendrán resueltos: quede, pues, sentado que los presbiteros españoles, lanzándose á la guerra, no han incurrido en el más incoloro anatema católico.

Ahora han dado en decir por ahí si el movimiento es patriótico ó si no es patriótico, y á simple vista se conoce cuánto hay en esto de inocente y de pueril. Si nuestro rey, el rey legítimo, el verdadero dueño de España, es Carlos VII, todo lo que á devolverle su propiedad vaya encaminado, todo eso es justo, todo eso es patriótico; pero lo demás es andarse por las ramas. Esas lindezas de amor al país, de respeto á la paz, de tranquilidad y de orden, buenas son para los demagogos incrédulos y para los republicanos ateos; mas los verdaderos creyentes, los que hablan en nombre del Dios de las Misericordias, deben imponerse por la fuerza, y cuando imponerse no pudieran, hostilizar á los enemigos de su rey y de su Dios, aunque al hacerlo perjudiquen al país. ¿Por ventura el país no es de Carlos VII? Pues lo que por él sufra bien sufrido está; y en suma, sobre los intereses mundanos están los fueros de la divinidad, hoy olvidados por los desalmados liberales, que Dios confunda.

Además—y esto sea dicho en confianza y con reserva—los carlistas son, ante todo, hombres de buena fé y amigos de saldar sus cuentas de una manera definitiva: y habria sido desastroso acaso para su reputacion de probos que se hubiesen agotado los recursos obtenidos últimamente sin un triste motin, sin el más efímero levantamiento.

Se han conseguido, pongo por caso, un par de millones, y quien dice un par dice media docena; pues ¿qué ménos puede hacerse, siquiera por el bien parecer, que emplear tres ó cuatro mil duros en comprar unos cuantos fusiles y algunos curas? Así todo queda perfectamente arreglado: el que dió los millones goza desde lejos con el resultado producido por su generosidad: el que los ha recibido queda con su conciencia tranquila, disfrutando en paz y en gracia de Dios de lo que buenamente haya sobrado: la Europa, que necesitaba algun entremés que amenizase la horrorosa tragedia de Francia, ha sonreído presenciando la parodia de los curas con boina y los canónigos con re-

vólvers, y los pobres españoles que se acobardaban al menor ruido han salido ya de sustos.

¿Puede darse capital mejor empleado?

Lo dificulto.

Consecuencia: los carlistas se han sublevado, segun por ahí dicen: su movimiento ha vivido la vida de las flores. El que se ha descuidado un poco ha conocido su principio y su fin á un tiempo mismo; y por esto y por lo otro, es casi justo y necesario que les demos las gracias.

¡Ay! cuando se concluyan los carlistas—¡y ya se van acabando!—¿con qué vamos á distraernos?

A. Sanchez Perez.

DOS PALABRAS EN SÉRIO.

A la persona desconocida que desde la Habana se ha dirigido á nosotros, firmándose Un republicano imparcial, debemos decir que no insertamos su carta: primero, porque su extension y su índole la hacen impropia de esta publicacion, y segundo, porque si nosotros hubiéramos de dirigir ataques más ó ménos violentos á Diaz Quintero ó á cualquier otro hombre público, amigo ó adversario, lo haríamos—como lo hemos hecho en todas ocasiones—por nuestra propia cuenta y bajo nuestra firma, nunca patrocinando anónimos, á los cuales—á fuer de republicanos imparciales—tuvimos siempre poca aficion.

Y ya que de una cuestión cubana tratamos, no hemos de terminar sin dirigirnos al Diario de la Marina, periódico de la Habana, que no sabemos por qué razon se ha empeñado en lanzar contra nosotros infundados cargos que nos abstengamos de calificar, porque las polémicas sostenidas á tan grandes distancias á nada conducen.

Pero ya que no con el propósito de refutar inculpaciones que no merecen ser refutadas, con el de dar una satisfaccion explícita y clara á los numerosos amigos con que en esa Antilla contamos, será bien que, de una vez para siempre, digamos sin rodeos y con la gravedad que echa de ménos el Diario de la Marina cuál es nuestra actitud, cuál ha sido antes, cuál será siempre.

Pero ¿por ventura necesitamos decirlo? ¿Pues qué, ignora alguien que nos hemos colocado sin vacilacion, sin dudas, sin ambages, enfrente de muchos correligionarios nuestros, cuando creimos que su modo de entender el dogma republicano era contrario á la integridad de nuestro territorio, á la unidad nacional?

Pues si esto hemos dicho, si no alcanzó á imponernos silencio la consideracion de que podrian surgir en el partido perniciosas excisiones, ¿de dónde ha podido deducir el Diario de la Marina que somos separatistas? ¿En qué funda su calumnioso y gratuito aserto de que somos enemigos de nuestra patria?

No, enténdanlo nuestros amigos de Cuba; enténdalo, si á bien lo tiene, y si quiere proceder con lealtad el Diario de la Marina: cualesquiera que puedan ser las OPINIONES INDIVIDUALES de tal ó cual redactor de Gil Blas en el asunto de los insurrectos cubanos; cualquiera que sea su modo de estimar el origen y desarrollo de esa lucha fratricida (fratricida,

porque en Cuba ya no hay indígenas: son todos hermanos nuestros); cualquiera que sea hoy y pueda ser mañana el juicio que sobre la responsabilidad que de tan lamentables sucesos haya de exigirse forme cada uno de nuestros redactores, la redaccion toda y los individuos que la componen consideran como enemigos suyos á los enemigos de su patria, y establecida la lucha—que deploran amargamente—están siempre al lado de los que por España, por su territorio y por su buen nombre combaten.

Por lo demás, preguntarnos si creemos conveniente la venta de la isla, es lo mismo que si se nos preguntase qué opinábamos sobre la venta de Andalucía ó de Cataluña; como si se nos hablase de una persona que vendiera sus propios miembros; de un hombre civilizado que vendiese sus hijos.

Ni España tiene *derecho alguno* para vender su territorio, ni, aun dado el absurdo de que lo tuviera, debería hacer uso de él.

Sobre los hechos concretos de la campaña; sobre las causas ocasionales de la insurreccion; sobre la razon de su aumento progresivo, y sobre los medios empleados para sofocarla, no es tiempo de hablar todavía. Muy reciente la lucha, desconocidos sus pormenores, las pasiones aun excitadas y vivos los odios y los rencores que la lucha produce, no es esta la ocasion de discurrir con lucidez y de juzgar imparcialmente. Dia llegará en que pueda hacerse esto, y no seremos los últimos en hablar claro.

Por hoy basta con lo dicho.

Si despues de esto aun continúa el *Diario de la Marina* llamándonos separatistas; si persiste en colocarnos entre los enemigos de la patria, entonces... no le envidiaremos su gloria, porque no ya solo para nosotros, si que tambien para cuantos juzguen sus escritos, será evidente que el periódico cubano se permite faltar descaradamente á la verdad.

GIL BLAS.

LA REUNION DEL DOMINGO.

¡Ay de mi España!

Cada dia que transcurre perdemos una ilusion, y para un país que no tiene otro alimento, esas pérdidas diarias son el infalible augurio de la muerte próxima por inanicion.

¡Qué de esperanzas fundadas en la reunion republicana del domingo último! ¡Qué de esperanzas fallidas!

Todo estaba ya preparado para regocijo de los monárquicos.

Los republicanos debian presentarse, unos penetrados de aquella mansedumbre que solo se halla en los evangelistas y en el ganado lanar; otros poseídos de vértigos y saturados de ira felina, y allí, en el espacio donde recelan acometer los bravos toros á los agonizantes jamelgos, en la arena célebre por las suertes de Montes y Costillares, habian de despedazarse unos á otros los hombres del único partido que ha sido bastante insensato para no poner los ojos en ningun príncipe á propósito para continuar las gloriosas tradiciones de Isabel II, Fernando VII y Carlos IV.

La prensa sensata habia ya vaticinado las refriegas, los encuentros, las acciones, las batallas, las matanzas que en belicoso crescendo iban á señalar con horribles caracteres la reunion republicana.

Los ingeniosos de la Bolsa ya tenian husmeadas las probabilidades de alza y baja á que podia dar ocasion la espantosa lucha; los gacetilleros de orden ya tenian discurrendos los chistes con que habian de amenizar el relato de la anunciada lucha; las amas de cura ya habian hecho provision para siete dias, por si los horrores de que Madrid iba á ser teatro se prolongaban tanto como los cultos á la Virgen Dolorosa; la paz pública se hacia tomar el pulso á cada paso; los matones de la libertad ya se restregaban las manos pensando en las propicias coyunturas que se les iban á ofrecer para deslomar á los republicanos extraviados que huyesen de la universal paliza; las casas de socorro debian tener preparadas camas, hilas y trapos, y los sepultureros esperaban un período floreciente que renovara sus goces del fecundo tiempo del cólera morbo asiático.

Y despues de la catástrofe, ¡qué cohesion, qué entusiasmo se iba á ver fulgurar en todos los innumerables partidos monárquicos!

Entonces ¡oh gozo! como por encanto iban á desaparecer todas las leves diferencias que por un inexplicable prodigio hace incompatibles á los partidos de la conciliacion monárquica.

Porque es indudable que todos los calamitosos motivos que hasta ahora hicieron imposible el triunfo de la monarquía en España, desaparecerian como por encanto el dia en que los federales, divididos en dos grupos, por temperamentos, se entregasen á un cambio reciproco de palizas.

Así debia suceder el domingo último, y la fatalidad, que parece presidir á los destinos de España, frustró las bellas esperanzas en la reunion de los federales cimentadas.

Hasta en el seno de las familias más tristemente abrumadas por la carencia de monarca, se veia florecer en los lábios la sonrisa de las plácidas conjeturas.

Ya, poco más ó ménos, se sabia que el domingo, en la Plaza de Toros, ante una multitud inconsciente y turbulenta, los diputados procedentes de la emigracion habian de llamar mandrias, y agua-chirle, y hombres para poco, y hasta fébiles *ancillas* á los que no habian pensado, ó no pensaban, ó no pensaban pensar de cierta y determinada manera.

Los interpelados á su vez debian replicar de suerte que irritasen más y más á sus irritados interpelantes; el auditorio debia comenzar á dividirse en opiniones; debian apasionarse, ora en pro, ora en contra de cada uno de los peroradores; las oleadas populares debian ir cercando, estrechando, estrujando á sus representantes, y un chirrido universal de muelles de navaja al abrirse habia de ser el comienzo de la gran catástrofe, cuyo proceso y accidentes ninguna pluma habia de ser capaz de describir.

Al dia siguiente España amanecia convencida de que los derechos individuales fueron inventados en una noche de insomnio por el terrorífico zapatero Simon; todos los candidatos al trono que hasta ahora no han hallado mayoría en los monárquicos se habrian convertido en seres dotados de atractivos irresistibles; los iniciadores de la revolucion de setiembre se habrian encontrado puestos de acuerdo; porque la cosa es evidente; despues de descalabrarse unos á otros los republicanos, ¿hay cosa más natural que desvanecerse como el humo los obstáculos que ahora, como fuertes murallas romanas, se oponen al abrazo universal de los políticos sensatos?

¡Mas, ay! La reunion republicana no se verificó el domingo, y España gime y llora la ausencia del adorado monarca que espera conocer...

¡Oh gozo! Se anuncia la reunion para otro dia... ¡Respirad, hombres de orden: pronto presenciareis la fecunda matanza federal!

Roberto Robert.

MACHACAR EN HIERRO FRIO.

Salud, hombres del poder, niveladores legistas, que aunque os llamais progresistas hoy sois lo mismo que ayer.

Por lo visto llevais traza de seguir con la *Prudencia*. ¡Oh amantes de la paciencia, yo admiro vuestra cachaza!

Veis á Europa hecha tortilla, presa de guerreras leyes, y emperadores y reyes cayendo de coronilla.

Veis que ya el casquete rojo cubre la corona real; que en Rusia, tierra fatal, el socialismo abre el ojo.

Que ya en Italia campea la cuestion ineludible; que el Papa, rey infalible, vacila y se tambalea.

Todo esto veis, y con creces, y ansiáis ceñir sin desdoro esa chichonera de oro que ha rodado tantas veces.

Aun jugais al daga y toma ofreciendo esa tartera que ha sido la tapadera de tanta cabeza roma.

De cándidos teneis fama y el dictado es oportuno, pues sin tener mal alguno quereis estar en la cama.

¿Qué esperais ó qué teneis, ó por qué camino andais, ó cómo nos gobernais, ó cuántos años teneis?

¡Marcharemos viento en popa, hoy que ya estamos al cabo? ó ¿iremos pisando el rabo á la perezosa Europa?

¿Qué os detiene, gentes lelas, en ese torpe sendero? ¡Oh, malhaya el caballero que cabalga sin espuelas!

Venid acá, impertinentes, y al fin, salgamos del paso, decid: ¿teneis miedo acaso á las masas inconscientes?

¡Cómo la suerte dichosa dejó vuestras mentes rasas! Esas masas, son las masas con que amasásteis la *cosa*.

Mezclados con ansia sumamos vimos con la *ralea*, y al triunfar la santa idea subisteis como la espuma.

Mirad pues cuál es el saldo de esta cuenta que me enoja; la espuma es lo que se arroja si se ha de tener buen caldo.

Por estos cálculos y otros os advierto, aunque sin saña, que si sobra algo en España, no es la masa, sois vosotros.

¡Quereis en lance cruel poner monárquicas leyes, hoy que los reyes son reyes de recortes de papel!...

Hoy el pueblo pide en suma una gracia de aguinaldo; mirad que el pueblo es el caldo, del que ha nacido la espuma.

L. C. R.

NAPOLEON IV.

Dichosos fueron los pueblos de la antigüedad, cuyos profetas, inspirados siempre por Dios, les tenian al corriente de las cosas que les habian de suceder, con todos los principales accidentes de los grandes sucesos.

Hoy dia los únicos profetas son los callos y el reuma, que tienen muy reducida la esfera de sus vaticinios; el hombre, sin más auxilio que el de su razon, débil y falible, anda de conjetura en conjetura, tropezando con desengaños que bien pocas veces le sirven de leccion ni escarmiento.

¿Quién puede jactarse ahora de saber lo que sucederá en Francia despues de la presente breve guerra?

Nadie. Y sin embargo, no sé por qué se me figura que despues de varias novelescas vicisitudes ha de reinar en Francia alguno que se llame Napoleon IV.

No digo que antes de ese reinado no se obsequien los franceses con una temporadita de república; pero me parece imposible que puedan sufrirla mucho tiempo.

«*Le francais, né malin, crea le vaudeville.*»

El imperio napoleónico ha sido un vodevil continuo, y un dia ú otro, la patria agradecida ha de mostrar á la familia Buonaparte que no ha olvidado los buenos ratos de que le es deudora.

La república baila poco; la república no puede comprometerse á tener una brillante parada todos los do-



Una comision de los buitres, grajos y otros personajes dando las gracias á los autores de la carnicería por el festin que les proporciona.

mingos; la república no inspira aquellos sentimientos ni lisonjea aquellas costumbres de donde nacen esplendores como los de la *Maison dorée*.

¡El imperio! ¡oh! El imperio deslumbra con entorchados de oro verdadero; puebla todos los barrios de cuarteles y teatros; con las recortaduras de los departamentos hace una capital grande, magnífica, que ¡oh gozo! da que temer á los ingleses que con el tiempo no llegue á ser tan populosa y extensa como la suya: temor que levanta el amor patrio al más alto grado de fortaleza.

Cansará la monarquía sosa y pacífica; también cansará la república sóbria y severa. Nada más prosaico que una república que madruga y se acuesta temprano, sin colorines, sin 1.º de enero, sin 15 de agosto, sin nacimientos ni cumpleaños regios celebrados callejera y pirotécnicamente; y un pueblo aburrido y deseoso de solazarse, teniendo siempre á mano un Buonaparte ú otro, ¿podría dejar de amotinarse pidiendo Napoleon y policía, Napoleon y una guerrita, Napoleon y *Te Deum*, Napoleon y revistas con muchos uniformes?

Me parece que no, y apostaría algo á que dentro de este siglo alguno se ha de oír victorear con el título de Napoleon IV.

Hoy mismo, leyendo periódicos de Paris, al pié del relato de las calamidades de la guerra, me he encontrado con tres sueltos dedicados á celebrar las excelencias de tres cosméticos nuevos para ocultar el verdadero color del cabello, para dar un falso color al cutis y para falsificar no sé qué otra cosa.

¡Aun vive el imperio! he dicho para mí.

Yo no sé si en aquel tiempo en que el pueblo francés era heroico, y lo demostraban diariamente los que sacrificaban la vida en aras de la patria, no sé, digo, si entonces los diarios de Paris publicaban artículos sobre objetos de tocador; se me figura que no; pero hoy, cuando veo que un periódico empieza di-

ciendo: «¡El suelo de la patria hollado por la planta del invasor! Desdicha grande; pero unamos nuestros esfuerzos, consagremos día y noche el brazo, la mente y el corazón á la defensa de nuestra querida Francia...» y veo que ese mismo periódico acaba diciendo: «No habrá nadie que hoy día prescindiera de ese tenue y oloroso polvillo que da al cutis una frescura y suavidad desconocidas,» creo firmemente que antes de haber acabado el imperio de Napoleon III, ya se está preparando á la actual generacion para el imperio de Napoleon IV.

El de hoy comenzó diciendo: El imperio es la paz; el de mañana se colocará á favor de otro aforismo simpático, y conformándose con las circunstancias de los tiempos, inventará una cosa que parezca bien y pueda ser repetida sin dificultad por el campesino de lengua más estropajosa.

¡Oh, sí! Mañana Francia será dueña de sus destinos: la república no puede proponerse volver á rascar las fachadas monumentales; no puede sacar por las calles más carrozas doradas, entre gran número de brillantes ginetes, porque no tendría á quién meter dentro de la carroza. Así como así, ya están grabadas en todas partes las cifras del emperador de hoy...

Vamos, me parece imposible que se acabe el mundo sin que se den vivas á un Napoleon IV.

Roberto Robert.

CHARITAS.

Y ¡vean Vds. lo que son las cosas!

Yo deploro en este instante, con todas las fuerzas de que puede disponer un corazón justiciero; yo deploro no ser uno de esos filósofos que para elogiar una virtud llenan de consideraciones un libro in-folio; yo derramo lágrimas como puños al considerar-

me incapaz para entonar un salmo á la caridad, que como santa aureola rodea en su destierro al último de los Borbones de España; yo me acongojo cuando contemplo mi pluma tan impotente que no puede ensartar una gruesa, por lo ménos, de improperios contra estos desnaturalizados españoles que han arrojado del sòlio á una familia llena de caridad, saturada de virtud, inflada de catolicismo.

Ellos, es cierto, y yo me apresuro á reconocerlo, tenían tal cual defectillo algo ostensible, alguno de esos vicios que unos observan con horror y otros con asco; también solían á veces dejarse dominar por la ambición, quizás con demasiada frecuencia por la avaricia, por la gula, si Vds. quieren, y, en fin, hasta por el odio, que por eso no hemos de regañar; pero, en cambio... ¿qué faltas, qué defectos, qué manchas espirituales no lavan, purifican y hacen desaparecer un trozo de caridad bien condimentado, servido á tiempo, y pregonado con armónica elocuencia por la banda de cornetas de la fama?

¡Oh, sí! ¡Creamos alguna vez al reverendo Ripalda, que nos ha contrabalancado aquellos siete vicios con otras siete virtudes, superiores—en esto de limpiar manchas—al agua de bencina, á la yerba jabonera y al alcohol de 30 grados!

Y si yo he de creer al autor del Catecismo; si yo he de ser todo lo católico que prescriben los doctores de la santa madre Iglesia, ¿cómo no he de haber visto y leído con extraordinario entusiasmo el periódico que tuvo á bien comunicarme la noticia? ¿Cómo podía yo dejar de extasiarme al saber el último rasgo de doña Isabel de Borbon?

¡Oh, sí! Sabré hacerme superior á *La Epoca* en los comentarios de este suceso. Yo ruego á Vds. que lean la noticia y que me ayuden á ensalzar el hecho.

«Doña Isabel de Borbon ha ofrecido, y el gobierno francés ha aceptado, la planta baja del palacio Basilewski para hospital de heridos.»

Ese es el rasgo.

Desde luego, y á primera vista, ya commueve la noticia, así, tan sencillamente anunciada; pero el mérito del hecho aumenta cuando se considera que la misma persona que así se desprende del zaguan de un *petit hotel* tiene que buscar en los protectores brazos de un embajador grueso un asilo seguro á su amenazada tranquilidad.

Y no es que esa infeliz señora tiemble ante la idea de una entrada de seis hulanos en Paris y los atropellos consiguientes á toda invasion; tampoco huye porque quizás mañana los mismos heridos que recoja le atruenen los oídos con la desagradable *Marseillesa*; abandona su palacio porque los tiempos lo exigen así, y sabido es que hay que marchar con la corriente del siglo. ¡Oh caritativa dama!

Supongo nuevamente que Vds. no me negarán que es caritativa.

El *quid* está en que nosotros siempre hemos sido de difícil contentar, y en que nunca hemos sabido aprovecharnos del bien cuando le hemos tenido agarrado por la solapa; que por lo demás, sobradas pruebas hemos recibido de la caridad y de las otras virtudes de doña Isabel.

Es verdad que sus detractores todo lo convierten en unguento blanco, y dicen que si el año 66 permitió el fusilamiento de 70 á 80 infelices; y si el año 65 *huyó* de Madrid porque sus hijos los madrileños estaban sufriendo los horrores del cólera-morbo; y si el mismo año vendió el patrimonio *por hacernos bien*, quedándose con una buena parte; y que sí... pero todo esto son nimiedades en que los hombres formales no debieran parar mientes.

Porque la cosa formal, la miga de la virtud de esa señora está plenamente demostrada sin ir más lejos en la ocasion presente.

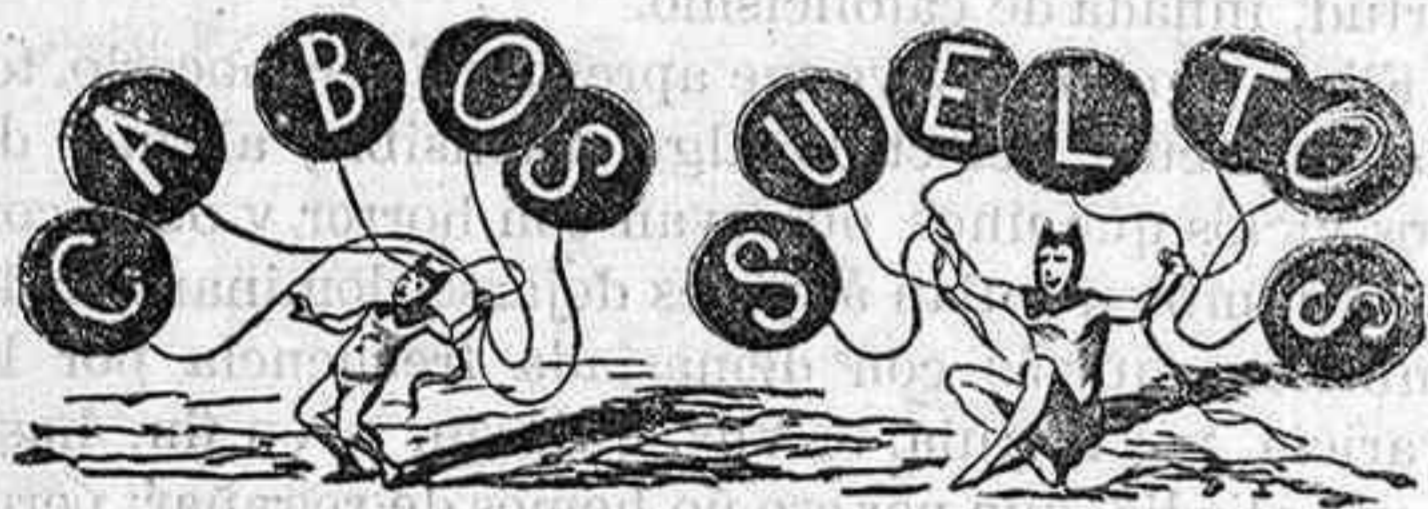
¿Qué dice alguno, que no lo ofrece de corazón, sino obligada por las circunstancias?—¡Siempre será un liberal el que lo diga!

¿Que otro hace observar que no caben una docena de heridos en la planta baja del llamado *palacio* Basilewski?—¡Algun demócrata egoísta lo dirá!

¿Que busca simpatías entre los franceses?—¡Solo á un demagogo se le ocurre esto!

No faltará quien crea que para observar la caridad laudable de doña Isabel ha necesitado situarse á alguna distancia de nosotros, como si fuera decoracion de teatro. ¡Bueno! ¡Convenido! Pero ¿no observan ustedes así á lo lejos un tinte de caridad en ella, de valor en su esposo (?), de virtud en la mamá, de armonía y afecto de familia en todos y de liberalismo é ilustracion en muchos de ellos? Pues esas son todas las bellas prendas que adornan á los Borbones; pero no es de ellos la culpa si esas prendas se parecen, como digo, á los brochazos de los escenógrafos?

Y si no, hágase la prueba; pónganlos Vds. más lejos, y ¿á que los encuentran aceptables? Por eso digo.



En Roma, la ciudad santa, todos los días andan á santa cuchillada las santas tropas alemanas y francesas que defienden al Santo Padre.

Este sabe infaliblemente la causa de que parezcan endemoniados sus santos servidores.

En Madrid se propalan noticias falsas; noticias falsas se propalan en Barcelona; falsas son las noticias que se propalan en Valencia.

Todas las alarmas falsas se atribuyen á conflictos promovidos por los republicanos.

Problema al canto: dado el calumniado, averiguar el nombre del calumniador.

¿Con que el gobierno de Austria ha disuelto las sociedades de trabajadores?

Me alegro, porque así responde á los trabajadores que dicen que la política debe serles indiferente.

Disolver asociaciones es un acto político. ¿Les es indiferente ese acto á los asociados?

¿Sí? Pues á mí más.

La sublevacion carlista, abortada apenas nacida, ha producido un bando modelo.

Lean Vds. algunas de sus disposiciones:

«Todo faccioso que sea cogido con armas será inmediatamente fusilado.

»Lo será igualmente el que huyendo las arroje ú oculte.»

Pues como á un militar se le antoje ya no tenemos hora segura.

«El que sea preso con ellas ó sin ellas (súplase armas) será deportado.»

Todo esto, por supuesto, sin formacion de causa, sin proceso alguno, sino por la omnimoda voluntad del autor del bando.

«Los pueblos que tengan mozos en la faccion satisfarán 4.000 rs. por cada uno.»

¡Diablo! Pues será preciso encerrar á los mozos bajo siete llaves, y poner á cada uno un centineia que no le pierda de vista.

¡Pobres mozos! Joven habrá que quiera ver á su novia y se encuentre con que le soplan en la cárcel.

Escriben á *La Epoca* que el emperador, digámoslo así, de los franceses piensa—firmada que sea la paz—apelar á la Francia para saber si le retira ó le confirma sus deberes.

Si el célebre bufo de que habla un cuento muy conocido tuviese un libro en que escribiese los nombres de las personas sin pudor y sin vergüenza, escribiría sin duda el de Napoleon III.

—¿Y si la Francia le confirma?

—No es posible; pero si lo hiciera, entonces habría que borrar el nombre de Napoleon y escribir en el libro los de todos los franceses.

D. Estéban Parody escribe en el *Boletín de Círculos* una carta declarando que no es cierto que le hayan asesinado.

Veán Vds. un testigo que debe de estar bien informado sobre el particular.

El Tiempo, increpando á los carlistas por su último levantamiento, dice que la legitimidad verdadera (*verbi gratia*, el partido del niño Alfonso) nunca se subleva, porque «solo el *legítimo dueño sabe apreciar su hacienda*».

Sabemos, pues, que, para *El Tiempo*, Alfonsito es *legítimo dueño de España*, y que además lo que en España hay y los que en ella vivimos somos *su hacienda*.

Esto no se le hubiera ocurrido al más adocenado súbdito del vano y egoísta Luis XIV.

Ya se habla del rey Luis de Baviera para el trono de España.

Sabido es que Luis de Baviera es el Mecenaz de Wagner, el autor de la música del porvenir.

Los aficionados al Thannausser están de enhorabuena.

Vaya en gracia; del rey de Portugal al de Baviera, del de Baviera al de Portugal, todo se irá entre músicos y danzantes.

El partido alfonsista declara que no conspira por no aumentar los males de la patria.

Gracias, señor elefante.

Napoleon ha comprado una linda casa de campo, y está alhajándola convenientemente.

Allí se propone descansar de sus gloriosas fatigas.

Allí reposará tranquilo sobre sus laureles.

Envidiemos el porvenir del justo.

Han sido destituidos varios prefectos de Francia por no haber organizado resistencia á la invasion prusiana.

De todo tienen la culpa los hulanos.

Que me traigan un hulano.

En la provincia de Málaga un alcalde ha *secuestrado* al hijo de cierto Labrador hasta que su padre pague la contribucion.

Supongo que la Guardia civil estará ya persiguiendo á esta celosa autoridad.

Luego dirán de los ladrones. Señor, si el prior se va al baile, ¿qué harán los frailes?

Valientes alcaldes nos han salido á última hora.

La última funcion de los carlistas ha estado muy desanimada.

El ganado salió huido y no ha dado juego. Ha degenerado mucho esa ganadería.

«Si el general Bazaine logra aplazar la gran batalla del 25 al 28, es un hombre de génio y salva á Francia.»

(Palabras de Mr. Thiers).

El general Trochu en su proclama á las tropas de Paris les dice: «un largo período de prosperidad y bienestar...»

¿De qué tiempo tan remoto habla el general!

Como consecuencia de lo acordado en Francia, el comercio de Bélgica pretende que se prorogue también el vencimiento de los efectos.

Dada la inevitable solidaridad de intereses de las naciones europeas y las frecuentes y numerosas transacciones internacionales, los sucesos que afectan al comercio de una nacion han de afectar necesariamente á todas.

Por eso decía yo que, poco á poco, iríamos saboreando todas las dulzuras de la guerra.

En buena Liorna nos han metido los graciosísimos soberanos de Francia y Prusia.

Y aun habrá algunos hombres honrados que hablen de reyes sin sentir repugnancia y horror.

Mire Vd., parece imposible.

En los primeros momentos se dijo que Carlos siete tenía un buque (Barba azul tiene un cañón); despues, para honor de nuestra marina, el rumor no se ha confirmado.

En la temporada venidera se repetirá la funcion, aunque, según aseguran los interesados, ya la traerán mejor ensayada.

Entrarán en España con ametralladoras.

Y hasta juran que vendrán con algunos hulanos.

Mr. Ollivier va á publicar un folleto titulado *Mi justificacion*.

La ocasion no puede ser más oportuna.

Para folletos estarán ahora los parisienses.

El Papa—¡alabado sea Dios!—ha declarado que con sus ejércitos hará frente á las tropas italianas si estas intentaran penetrar en Roma.

El pastor cariñoso matando á sus borregos es uno de los cuadros más edificantes que el poder temporal puede ofrecer al catolicismo.

Los periódicos franceses hacen subir la pérdida de los prusianos á *ciento cincuenta mil doscientas* bajas entre muertos y heridos.

Hombre, para lo que falta, valdría más que dijeran que había fallecido de repente todo el ejército.

Sin olvidar que no había quedado para muestra ni siquiera un hulano.

Esto siempre tranquilizaría á los prefectos.

PASATIEMPO.

Solucion á la Charada del número anterior: *Solteron*.

CHARADA.

Dois signos de la música, de aqueste arte divino, el apellido forman de un célebre romano, que aunque guerrero heróico, valiente libertino, llegóse á convertir en dictador tirano.

La solucion en el número próximo.

POMADA REGENERADORA.

No más cabello blanco.

Esta pomada es la llamada á reemplazar todas las tinturas: solo al usarla una vez se ve su buen resultado y la verdad de este nuevo procedimiento. No mancha, pues se usa como cualquiera otra pomada. Depósitos: José Mari, Valencia; José Masó, Barcelona; Campruvi y Compañía, Murcia; Batier, Palma; Francisco Arias, Cartagena; Joaquín Carboneras, Játiva; Solsona y Compañía, Zaragoza; Francisco Salvat, Reus; García Aguilar, Málaga. Portugal: Marios Argüelles, Oporto. Madrid, Puerta del Sol, núm. 5, y Concepcion Gerónima, 18.

MADRID: 1870.

IMPRENTA DE R. LABAJOS, CALLE DE LA CABEZA, 27.